

VIERNES
10 DE JUNIO
DE 2022

P A P E L

LA REVISTA
DIARIA DE
EL MUNDO

'La Sombra', en la
cárcel Modelo
(Barcelona).
DAVID CABRERA

HISTORIA DE LA SOMBRA
**EL HOMICIDA
QUE HUYÓ 24 AÑOS
DE LA JUSTICIA
SIN MOVERSE
DE SU BARRIO**

Mató a un hombre durante una noche de copas en 1979. Fue condenado a 18 años, pero escapó antes de entrar en prisión. No salió del país ni buscó un escondite. Se hizo invisible sin salir de Barcelona. Un libro cuenta ahora la fuga de 'La Sombra' POR RODRIGO TERRASA

POR RODRIGO
TERRASA MADRID

ERA POSIBLEMENTE el peor plan de la historia. Lo primero fue quitar su nombre del buzón. Abandonó el piso donde vivía y se marchó sin más equipaje que una bolsa de lona en la que metió tres o cuatro camisas y un par de pantalones. Falsificó un carné de conducir usando el viejo permiso de su hermano y un sello que fabricó con la goma de una chapa de cerveza. Luego se dejó el pelo largo, a veces coleta y barba, otras veces sólo bigote. Pensó que entre semana vestiría siempre con un mono de trabajo porque decía que nadie desconfía de un peón y los domingos se disfrazaría de dominguero.

Y sin más se esfumó. Huyó a ninguna parte y se camufló allí donde siempre había estado. Durante 25 años, se ocultó entre sus vecinos de toda la vida. Sin ser nadie. Sólo una sombra. *La Sombra*.

El peor plan de la historia funcionó.

Esta es la historia de un vulgar quinqu en los años de la Vaquilla, cuando ETA mataba día sí día también y el Raval de Barcelona era Gotham. La vida del hijo de un traficante de poca monta y de una pobre mujer que desapareció para escapar de los malos tratos, la biografía de un delincuente juvenil que acabó en la Legión a modo de reformatorio, que pasó por la cárcel siendo todavía un crío, cuando sobrevivía dando palos y trapicheando con hachís. Las miserables andanzas de un tipo que una noche de 1979 en Madrid se cargó a otro de un machetazo en el corazón y desapareció porque si algo tenía claro es que a prisión no volvía.

«Sólo le queda una salida: abandonar su identidad y convertirse en una sombra. El plan más sofisticado será camuflarse en el escondite más obvio: su ciudad, su barrio, su territorio. El único lugar del mundo donde se confunde con el paisaje y nunca llamará la atención. Un hombre vulgar oculto entre los 1.770.296 habitantes de la Barcelona de 1984».

El periodista David Cabrera (Barcelona, 1975) ha reconstruido la inverosímil peripecia de

este «James Bond con camiseta imperio» en *La Sombra* (Libros del KO), una crónica fascinante de la no-huida de un prófugo que prefirió no ser nadie antes que ser un preso más.

El relato de la Sombra, que así se llamará durante toda la narración, arranca el día que fue a renovarse el DNI 24 años después. Durante casi tres décadas, no tuvo ni documento nacional ni mucho menos identidad y sólo cuando se aseguró de que su delito había prescrito (dejó pasar tres años de más por si las moscas) abandonó la clandestinidad y se plantó en una comisaría con un carné con escudo franquista y fecha caducada. Le detuvieron antes de dejarle libre para siempre.

Cabrera conoció su historia en 2013, cuando la Sombra acudió a una fundación que reinsertaba a viejos empleados de la construcción. Él tenía una larga experiencia laboral en la obra, pero cero años cotizados. Cero. Su vida entera había transcurrido en B. Un amigo del periodista gestionaba las entrevistas de trabajo.

«¿Cómo puede ser que no hayas cotizado nunca?, le preguntó.

«Me han pasado muchas cosas y nunca he podido cotizar (...) Maté a una persona. Fue hace mucho tiempo, tenía 21 años. Me vi en medio de una pelea, una riña entre borrachos. Me cayeron 20 años de cárcel y no quise entrar en prisión. Por eso nunca he podido cotizar, he vivido oculto desde entonces.

Cómo lo consiguió es la pregunta que atrapó a Cabrera. «Las mil dudas que cualquiera se hace cuando escucha su historia», dice el autor. «Lo primero que me llamó la atención es esa logística del anonimato. ¿Se fue a la montaña? ¿Trabajaba? ¿Iba al médico? ¿Tuvo hijos? ¿Cómo hacía? Él hizo una cosa que parece muy básica, pero que en realidad era muy inteligente, se camufló allí donde sabía que nunca llamaría la atención, en su barrio, en su entorno, a dos calles de su casa».

Durante más de cuatro años, David Cabrera y la Sombra se encontraron en distintas cafeterías con un cuaderno y una grabadora como intermediarios, viajando adelante y atrás en el tiempo para entender un personaje que no se explica

sin el contexto de la época, sin el telón de fondo de esa Barcelona preolímpica poblada por chaperos, putas, yonquis y mendigos y en la que todo el mundo estaba bajo sospecha y, a la vez, casi nadie era culpable de nada. También de esa España postfranquista, de célebres delincuentes y sanguinarios terroristas, un país aún en construcción.

«La Sombra es un espejo que se va moviendo por estos 40 años y va retratando un mundo. Con su historia se van entrelazando esos episodios nacionales que retratan el país», dice Cabrera, empeñado en no justificar lo que hizo el protagonista de su libro, pero sí en entender su contexto. Seguramente en otro país y en otro tiempo, su historia sería imposible. «Establecí un pacto con él:

Aprende con el Tetas y el Carpanta a robar motos con el tenedor de la ensaladilla rusa. A los 16 entra en prisión por primera vez. Allí coincide con el Vaquilla.

«Salí raro... Salí escamado... No quería volver a la cárcel», cuenta la Sombra en el libro.

Conmutó parte de su pena alistándose en la Legión y allí aprendió a manejar los cuchillos con la pericia de quien destripa ganado. Con uno de ellos mató a su víctima una noche de copas en Madrid. «Me dan un golpe, yo me giro y cojo el machete. Le partí el corazón». Le detuvieron, estuvo cuatro años en prisión preventiva y en 1984 le condenaron a 18 años de cárcel.

«¿Qué vas a hacer?, le pregunta su abogada.

«No pienso entregarme,

los mafiosos en Little Italy. Si un coche de Policía asoma por la esquina, lo ve antes que nadie. Cachea a la gente con su mirada. Detecta los reflejos de una sirena en cualquier escaparate y es capaz de identificar a un agente de paisano sólo por cómo camina y de escabullirse sin dar explicaciones cuando olfatea cualquier amenaza. Casi nadie sabe su secreto.

No tiene dirección. Trabaja como lampista y haciendo ñapas, pero siempre cobra en negro. Renuncia a una herencia para no pasar por el notario. No va al médico, no se hace análisis. No va al dentista. Tampoco se casa, pero tiene una hija y la inscribe en su libro de familia. No salta ninguna alerta.

«La Sombra no cala, la Sombra no huele, la Sombra no impregna».

«Probablemente hoy le costaría mucho más pasar desapercibido porque está todo informatizado. Te paran en un semáforo y saltan todas las alertas, pero la no informatización y la enorme delincuencia de la época jugó a su favor», cuenta Cabrera. «Nunca lo encontraron porque tampoco lo buscaron demasiado. Pero no por mala praxis, sino porque era tal la saturación de delincuencia que o eras un quinqu muy célebre que les tocaba las pelotas e iban a por ti o era imposible. La Sombra es un quinqu sin pedigrí, era uno más. Y encima supo delinquir con cierta inteligencia, sin llamar la atención. Tenía un profundo conocimiento de cómo funcionaba ese mundillo y

el que toman café los policías del barrio.

«Para él, la única manera posible de reinsertarse era no ir a la cárcel. Ése era su andamiaje ético, su única salvación, la única manera de no convertirse en su padre», dice el periodista.

«Si voy a la cárcel, no voy a salir de allí en mi puta vida», le dice la Sombra a su abogada cuando recibe la sentencia.

«Él considera que sigue pagando las consecuencias de su vida», insiste Cabrera. «Vivió huido y sin identidad, no pudo cotizar, hoy no tiene derecho a una pensión, sus ahorros están en una sopera, no tiene dónde caerse muerto y su familia es víctima de su secreto. Cuando tuvo dinero lo gastó y vivió bien, pero ha llegado a su vejez sin un duro ahorrado. Su vida actual aún es la penitencia de lo que no pagó».

El final de su historia es el calendario de una agonía. Cuanto más tiempo lleva escondido, mayor es el miedo a ser descubierto. «Él sabe que si después de 20 años huido, lo trincan un día antes, se come otra vez los 18 años de prisión. Conforme se acerca la fecha, la angustia es cada vez mayor y llega a esos años hecho mierda».

«¿Cómo gestiona la Sombra la culpa?

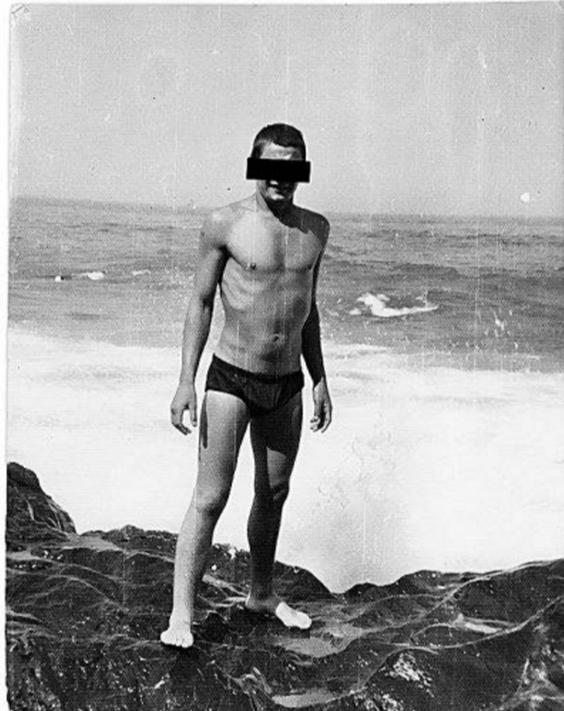
«Me interesaba mucho entender eso. Cómo le asalta la culpa, cómo la regatea, dónde ubica un suceso de ese tipo... El pesar de haberle quitado la vida a alguien y a la vez haberse jodido la vida él mismo. Hubo un momento, en uno de los muchos encuentros, en el que me admitió que en ocasiones tenía pesadillas después de hablar conmigo. Algo se le rompía por dentro. Es evidente que esa historia le pesa, la culpa la ha metido en una cámara acorazada y la ha sellado con silicona, pero a veces se cuele por las rendijas.

«¿Le ha gustado el libro?

«Creo que ha tenido algo de desahogo para él. Él decía que todo el proceso de hablar conmigo había sido como ir al psicólogo. Y creo que hay algo de reconciliación consigo mismo, de ver que la que puede haber sido una vida de mierda, tiene algo de memorable. Que, al final, ha tenido sentido.

«¿Irá la Sombra a la presentación del libro?

«Si va, no lo diré. Y si aparece, ni le miraré.



«La Sombra», de joven, en una fotografía de su álbum personal.

“LA GENTE SE IMAGINA UNA ESPECIE DE JAMES BOND, PERO TODO ERA CUTRE. SI HAY ALGO DE ESPECIAL, ES CÓMO CINCELÓ LA VULGARIDAD”

yo no te juzgo y tú no me engañas. Yo he querido retratar y acompañarle en la historia de su vida, pero no quería ni condenarle ni admirarle. Nunca he pretendido convertirle en un héroe porque no lo es».

De hecho, la historia de la Sombra es la historia de un completo desgraciado. Siendo un niño empaqueta cannabis en Melilla junto a su padre, su madre desaparece sin más explicaciones, él y su hermano desfilan por un hospicio de críos desnutridos, se muda al barrio chino de Barcelona y una señora a la que llaman La Tocha ejerce de madrastra. Con 11 años comete su primer atraco.

no puedo entrar en prisión de nuevo.

Cualquier otro se habría fugado a Copacabana como el Dioni, pero la Sombra se escondió en los morros de todo el mundo.

«La gente se imagina una especie de agente secreto, pero no lo era. Me interesaba mucho la desmitificación de su historia, retratar la miseria de su plan. Todo lo que hace es vulgar. Y si algo es especial es cómo cincela a conciencia la vulgaridad, el ser cotidiano, no llamar la atención. Todo es cutre», explica Cabrera.

La Sombra aprende a vivir en la paranoia. Si se sienta en un bar, jamás da la espalda a la puerta, como

se sabía mover en la mediocridad».

De hecho, durante su fuga siguió delinquiendo. Y llegó a pasar una tarde entera en comisaría sin que nadie le identificara. La Policía todavía trabajaba con máquinas de escribir y sin juego de huellas y nadie le asoció al tipo que llevaba años en busca y captura. «Hoy duraría minuto y medio», apunta Cabrera.

Entonces duró 24 años.

Durante ese tiempo, paradas de la vida, la Sombra se reinserta en la sociedad sin pasar por la cárcel, pero a la vez vive preso sin entrar en prisión. Llega a abrir un bar, a nombre de su mujer, en